

EUSTACE BARNACK

2

EN LA CIMA MUEREN LOS SUICIDAS

(N o v e l a)

Ramon H. Jurado

3^{er} Premio - 1948-1949

P

0.1

Esta es la historia de Fernando Romero, un burgués como tantos más, temeroso de la justicia de Dios y afiliado a la sabiduría del Diablo. Con antecedentes que se pierden en la posibilidad y en el chisme, promulga la santidad del matrimonio, aunque... bien, son cosas de burgueses...!

Así mismo, es la historia de otras personas.

CAPITULO I .

Sentada sobre el amplio diván, la señora de Romero sonreía a ~~las hebillas de sus zapatos nuevos~~. Es decir, lo bautizamos así, porque hay gestos en el rostro que no tienen nombre. Pero lejos estaba ella de reír ni mucho menos de coquetear a unas hebillas. El hecho mismo, insólito, heróico más que todo, de acariciar la felpa verde del diván con la suela sucia de sus zapatos, era un síntoma elocuente del estado de ánimo de la señora de Romero. Porque ese diván -soberbio y altanero en la pequeña pieza- era el orgullo de la sala de recibo. Se diría presa de sentimientos cavernarios, de apetitos antropófagos, con-

fusos deseos que bien podrían terminar en el asesinato vulgar, apasionado, sádico, o -es lógico- en el más aparatoso de los suicidios. Pero no! Ni una cosa ni otra se avenían con la preciosa arquitectura de la señora de Romero. La realidad era que ella no podría decir de qué era capaz si obedecía a esos impulsos que le obligaban ahora a machacar la cara verde del diván. Es para volverse loca.

Baja y primorosamente diminuta, tiene una cara angelical, sabiamente perfeccionada con toques de rouge. Padece una predisposición chocante por los peinados estrambóticos y una manía enfermiza por los tacones altos.

Aunque aseguraba querer mucho a su marido, lo cierto es que raras veces lo recordaba y nunca la mortificaba su suerte. Mas esta noche, el ruido de la calle y la exposición permanente de los almacenes no la atraían. Un ligero contento la embargó al tomar el autobús camino de su casa. Y no podría decir por qué esperaba encontrarlo allí. Sí, en casa. Aunque otras veces la asaltaba una furia inconcebible cuando volvía de la calle para encontrarlo junto a la lámpara, al final de la librera, hojeando una revista.

-Qué hay, Negro?

-Cómo está, Mamy?

Pero esta vez fué una idea descarriada que tocó por suerte su cabeza. Sí, que él debía estar allí. Allí, sí; junto a la lámpara, debajo de la mesa, escondido en el guardarropa, pero estar. Y eso no lo perdonaba. No se lo perdonaba a él ni a nadie. Muy pocas cosas había en el mundo más importantes que su voluntad!

Ella no supo de amores. Un extraño presentimiento la llenaba de miedo cuando suponía la recámara de un matrimonio. Bueno, tanto como que no supo de amores no está bien decir. En su vida de soltera hubo mozos que llenaron su alma de nostalgias y sus mejillas de rubor. Entonces apareció él. Y muy pocas personas lo creerían. A ella le disgustaba sobremanera esa mansedumbre de él, la persistencia, esa puntualidad a la cita. No supo del encanto de un reproche, de una queja enamorada, de un momento de celos. El era rigurosamente formal. Tal vez estas cosas la movieron a casarse. A casarse con él. Porque ella no se hubiera casado nunca. Era ese miedo, ese miedo a la intimidad, al calor de la alcoba. Algo que sólo presentía, pero que daba por rigurosamente cierto. Con él sí se podía casar, porque estaba segura de que ni recámara en común tendrían. O podría ocurrírsele tal cosa, pero tenía la certeza de que, a una palabra suya, cualquier preparativo concluiría.

Ella sí notó algo raro en él después del matrimonio, después de la escena aquella, pero no le dió importancia.... Ya estaban casados, y... ja... ja... ja..., los ojos diminutos de la señora de Romero se llenaban de picardía. Pero ahora....

Pero ahora, la señora de Romero estaba furiosa. Y no le importaba con el diván, ni con los zapatos ni con nada. Metía la mirada por los sitios más insignificantes, como si lo buscara por allí. Por dónde diablos andaría? Se acercó al teléfono y llamó a los sitios más absurdos. Una cantina, una casa de citas, un cabaret. Ocurrencias de ella.

Era más probable que la Fuerza y Luz pasara una cuenta sin fraudes que encontrarlo en esos lugares.

Dejó el teléfono y fué a la cocina a preparar algunos alimentos. Cenaba con esa manía de mirar los recodos más insospechados.

Un poco tarde ya, se acordó de dormir. Antes de apagar la luz, sobre la pared blanca dejó unos enormes garabatos.

- - - - -

Era tarde en la noche. A cierta distancia silenció el motor del carro. Había sigilo en sus maneras cuando describía la terquedad de la puerta con un voluminoso llavero. En los ojos nadaba cierta duda, una incertidumbre que resultaba, vista de lejos, majadería. Al ceder la puerta y tropezar la oscuridad de la casa, fugó de sus ojos la agonia y una seguridad insospechable vino a sus gestos. Ahora era asunto de sonrisas. Bendita sea esa humana costumbre de dormir! Hasta se limpió un nudo absurdo que le ahogaba la garganta. Ja! Nada hay tan maravilloso como el hombre. Sí, es decir, el hombre que es hombre. Porque esos sujetos, malandrines y fulleros, con un poco de mono y mucho de gitanos, son ejemplares sub-especie. Con aire triunfal, el señor Romero prendió la lámpara que estaba al final de la librera y se enfrascó en un grueso tratado sobre los "Orígenes y Realización del Canal de Panamá". Pero, iniciada la lectura, se convenció de que no era leer lo que quería. Desprevenidamente, en una cinta de luz que se colaba por la rendija de la puerta, el señor Romero se escapó a

la calle. En la calle sí era él y podía pensar. Pensar! La sola palabra lo llenaba de extraños efluvios. Benditos sean esos griegos que dieron al hombre la razón! La meditación era para él un asunto vital: si el color verde del loro implicaba una alimentación clorofílica; si la posición actual de los astros correspondía al camino de sus reflejos; si dos líneas paralelas se juntaban en el centro de la tierra; si la inseminación artificial sería un recurso bélico más poderoso que la bomba atómica; en fin, si aquella diatriba a la muerte de Epicuro significaba que la muerte era y la vida no, o si por el contrario la vida sí era y la muerte no. Porque personalmente, al respecto, el señor Romero tenía serias dudas de que la vida fuera. En más de una ocasión había discutido aquello de que en cuanto nacemos empezamos a morir, de modo que nuestra vida no es más que una manera de hacer la muerte.

Pero no es que fuera certidumbre este modo de pensar. Tenía sus dudas. Mas debe decirse algo importante: el señor Romero tenía dudas de todo. Si la luz es y el astro ya no es; si era él o no era él; porque, así como afirmaba cierta religión oriental que el humano reencarnaba, unas veces en personas y otras en animales, muy fácilmente podía un perro haber reencarnado en él. Y cuando concluía de esta manera, el señor Romero agarraba unas ganas locas de ladrar. Si encontraba a la luna, a ella. Si no, a un poste, a una casa, ladrarle a algo. Pero otras veces -siempre la duda- se le ocurría ser la prisión purificadora del alma de un gran filósofo. Heráclito tal vez, porque, a qué le asalta-

ba a veces esa inverecundia, ese gesto soberbio de monarca destronado? Se comunicaba entonces en una fraseología oscura, inconexa, con una sintaxis intencionalmente obtusa. Por un tiempo, creyó firmemente que su alma no era suya, no era él. La que estaba en su cuerpo era el alma de algún gran cómico de la antigüedad, y entonces se reía de todo. De todo! Pero era algo raro: por más que se proponía hacer chistes, alegrar la gente, poca cosa conseguía. Una que otra sonrisa casi que misericordiosa. Y él se daba cuenta de eso. En cambio, él se reía de lo más mínimo. Sí, hasta de su esposa. Ah, eso es aparte: de su esposa se reía siempre. Le hacía una gracia tremenda esa especie de juego al escondido que tenían ella, su esposa, y él, el esposo. Porque la señora de Romero creía que él se había casado con ella, cuando la verdad es que ella se casó con él. Sí, nadie más que él necesita una mujer como ella. No va a negar que fué al matrimonio un poco ilusionado. Quizás hasta la quería. Pero ahora, ja.. ja..!- el señor Romero se ríe de sus pensamientos.

Después que pasó aquello, la noche aquella, muchas cosas cambiaron. El fué distinto, y algo inexplicable empezó a crecer entre los dos. A menudo, un odio delgado le manaba muy al fondo. Sobre todo, sentía a veces ganas de gritarlo, de contar hasta el mínimo detalle, pero se contenía. Esa farsa no podía continuar. Y pensar que la gente los consideraba una pareja feliz; hasta los llamaron algunos "el matrimonio perfecto". Pero a lo mejor, todo no fuera más que esa habilidad del señor Romero para reírse hasta

del mundo. Pero lo cierto es que es una tragedia vivir así. Mas, qué le iba a hacer? Ahora bien: no hay que olvidar su habilidad, muy singular, para burlarse de todo, es decir, para vengarse. Ah, eso es, eso es! Vengarse. En realidad, el señor Romero no es más que una venganza a la vida, al mundo, a la existencia.

CAPITULO II

Los esposos Romero son un matrimonio con cuatro años de vida. Ella, de origen interiorano, se desespera por la complicada vida social. Es bella, diminuta y mueve a la caricia, al mimo, a amarla en la intimidad.

El señor Romero, pequeño también, nació en el interior, hijo de una familia pequeño-burguesa. Tenía un defecto imperdonable: hacer muy malos chistes.

Pero aunque la vida íntima de Fernando Romero nos parezca un rosario horroroso de peripecias, defraudaciones y mentiras, la verdad es que era un individuo instalado con

holgura en la vida, con un agudo sentido comercial, hombre de amistades importantes, con una indiscutible capacidad para el trabajo. Hombre de empresa, hacía gala de un coraje inesperado cuando menos se esperaba. Romero era ágil, escurridizo, zorro a veces, tonto con frecuencia, pero cierto para ganar sus propósitos.

Suceso que hizo historia en su vida fué el caso aquel con el agente de policía. Se le antojaba obligatorio referirlo en cada fiesta. Resulta que una noche, algarete por esas calles de Dios, dió de bocas con un agente del orden público, en estado de embriaguez, que apasionadamente requería de amores a una sirvienta. Fuera de sí, estremecido profundamente en los cimientos de su moralidad, el señor Romero tuvo un fuerte cruce de palabras con el irresponsable. No concluyó allí el incidente: privóle del tolete, adueñóse del revólver, y, con el palo en una mano y el arma en la otra, intimó arresto al borracho sorprendido. Y era de ver la figura hinchada del señor Romero, con paso de general de reserva, arreando por esas calles al villano, seguido de mil chiquillos que hacían fiesta, camino de la Guardia. Sí, Fernando Romero tenía sus cosas grandes. Lo malo estaba en ese afán incontrolable de hacer chistes.

En verdad, muy pocas cosas resultaban problemas para él. Porque hasta el de su matrimonio lo había resuelto satisfactoriamente. Sí, indudablemente tenía madera de estadista. Es el caso que "aquello" sembró muchas cosas entre los esposos. Fué terrible, insospechado, de esas cosas tremendas que cambian la vida de un hombre. Entonces descubrieron

que concordaban sobre muy pocos puntos. El era un poco misántropo, ella una amiga fiel de las fiestas. Romero gustaba de la casa, de la vida de hogar, de comer en familia. La señora desesperaba por la sazón de los restaurantes, por la cena en jardines y hoteles. El amaba los libros, la meditación, ella los salones de belleza. El señor simpatizaba con la poesía, gustaba de conversar con artistas e intelectuales; ella -era absurdo- languidecía por los encuentros de box.

A veces, cuando el señor Romero paseaba la Avenida Central en su hermoso auto y descubría la figura diminuta de ella, no la saludaba, ni la reconocía. Y era sincero. Porque le costaba cierto esfuerzo convencerse de que era su esposa.

Noches había en que regresaba a casa con ansias feroces de comer y entregarse a la lectura.

-Está la cena?

-No hay comida!

-Pero Eva, no es posible.

-Usted cree que estas son horas de venir a casa...?

-Sea la hora que sea, yo quiero comer.

-Vamos a comer afuera.

Le acosaron deseos heroicos de rebelarse, de gritar que esa casa la pagaba él, que daba plata para tener comida a la hora que él la quisiese. Pero algo le pullaba. Sólo atinó a decir:

-Bien, a dónde vamos?

-A cualquier parte; el asunto es salir.

La señora de Romero era una mujer menudita, con una preciosa cara para amar.

Cuando todo detalle estaba consultado -traje, afeitado y dinero- y el señor Romero buscaba en sus bolsillos la llave del automóvil, tocaron a la puerta.

-Señor Romero!

-Federico! Bienvenido! Entra, siéntate. Mira, Eva, quién llega por aquí. No, no, siéntate acá, es más cómodo.

-Bien, bien, Fernando, no te ahogues, que yo en cuanto entro a esta casa me siento bien, muy bien.

Era obvio que Federico comprendió que los esposos salían, pero tuvo buen tino de ocultarlo. Además, era parte de su modo de ser. Pocas cosas podían hacerlo más feliz que esa cara tremenda que armó Eva Romero por su llegada. Fue como si le hubiesen volteado un cubo de agua o si notificaran la resurrección del tío Demetrio. Sentía un placer morboso en mortificar a la gente.

-Estabas perdido, Federico.

-Por estos sitios un poco, pero creo que Octavio ya estaba un poco cansado de verme.

-Cómo, estabas en el interior?

-Es una pregunta tonta, Eva. Tú sabes que todos los veranos voy al interior.

-Oyeme Federico, sería mejor que bajases el volumen, porque no estoy dispuesta a oír tus majaderías.

-Entonces no me martirices con tu conversación. Yo vengo aquí a comer, a beber, no a oírte.

-Te vas.

-Me voy; (pocos) animales hay más torpes que una mujer.

Esa vez, una íntima alegría embargaba al señor Romero. Tanto que cuando fue a dormir no reparó en que desde "aquello" no supo más de la recámara de su mujer.

CAPITULO III

Uno de los muchos trucos con que los Romero engañaban al público y a las amistades, era la celebración frecuente de fiestas. Ah, porque aquello de la vida social era un asunto importantísimo! El, por sus numerosas relaciones comerciales; ella, porque entonces podía abrazarlo, besarlo, acariciarlo apasionadamente. En el fondo, la señora de Romero gustaba de besar, besar apasionadamente a su marido.

El, ante la contemplación rendida de judíos saludables, gringos insulsos y algunas damas de fornido empaque que jamás se ruborizaron, mostraba el rostro más angelical. Dios sólo sabe cuántos significaban para él esos alardes. Ella

indudablemente subía de punto la cuestión. Y pensar que él, Fernando Romero, la hubiera llegado a amar profundamente. Acaso, cuando de pronto daba por mirar a su mujer como quien mira a esas damas que todas las tardes organizan una feria de encantos en la calle, había descubierto que era bella. Increíblemente chica y dibujada, sería un juguete divino para toda la vida. Pero luego fue aquello y muchas cosas crecieron entre los dos.

Como de costumbre, el cumpleaños de Eva implicó una fiesta. Ella arregló primorosamente la mesa. Un hermoso surtido de licores adornaba la casa como candelabros dormidos. Allí estaba Mario con su cara tonta, exageradamente fornido y dispéptico; a un lado, su encantadora mujer, hija de un inglés y una chola, con sus ojos tremendos, africanos y la cabellera sensual sobre los hombros. Ese de allí -y no podía faltar- Carlos, con sus bigotes absurdos y una mujer que deseaba besar a todo el mundo; el hermano de Carlos, dueño de lavanderías, con su cara adolorida y una mujer que seguramente fué su empleada antes. No faltó Maldriff, el ciego invencible, con su exagerada mujer llena de encantos para la exportación, no para el matrimonio. En fin, había judíos, gringos, llegaron turcos y gentes de toda clase.

La fiesta era un triunfo indiscutible. Por todas partes reinaba la alegría y el buen humor. Mas de pronto a ella, a Eva, se le antojó bailar con su marido. Fernando no pudo sustraer el cuerpo. Parece que antes su mujer había bailado con alguien y algún sedimento extraño dejó en ella; lo cierto es que bailaba de una manera reprochable: muy ceñida, a-

brazándolo con ternura. El no pudo disimular una alegría singular y correspondióle. Bailaron como dos novios, con la pasión de dos amantes. Terminó el baile y ella continuó besándolo para solaz del público que ya aguardaba esto como un espectáculo obligado en la fiesta de los Romero.

Entre la concurrencia había un robusto señor de unos cincuenta años, obeso, de escaso pelo y con una cara desagradable. Pasaba por español, aunque se aseguraba que era un cubano trotamundos y haragán. Un día cualquiera este hombre anunció haberse casado con una ingenua muchachita interiorana de ojos verdes, a quien sus padres difuntos condenaron a la cautividad de un colegio de monjas. Era conversación conocida que, a causa de un mal momento en que se le ocurriera a la dulce muchachita publicar unos versos con más sabor a catecismo que a otra cosa, se le acercó aquél y, anunciándose como conocedor sin par de la lengua Castellana, depositó en su nombre en el Banco Nacional los pocos haberes que la iniciada a monja a duras penas conservaba. El daba por llamarse Rico de Roy Verlaigne. Ella se prodigó en versos y fué la señora de Roy Verlaigne. Este hombre, de amena charla y con un problema agudo para distinguir entre la mentira y la verdad, era amigo de todos los políticos con suerte, cantor de presidentes, tan íntimo de los clásicos, vivos o muertos, que era difícil descubrir en sus escritos cuándo hablaba él o cuándo lo hacía Schopenhauer, Alfano Reyes, Azorín, Lorca o Torres Rioseco. No faltaba a fiesta alguna, desde el buffet diplomático hasta las bodas de plata de algún rico burgués, y era asunto que intri-

gaba el ingenio de este hombre para hacerse invitar. De juicio fácil, opinaba de muy distintas maneras sobre un mismo asunto. Era cosa del interlocutor. Con todo, era un personaje simpático que alegraba las fiestas.

Y vedlo aquí, un tanto distante de la monjita frustrada que trata de venderle un libro de sus últimas poesías al hijo de un judío que en entiende poco de letras, contemplar con mucho interés a los esposos Romero que bailan como dos amantes que están seguros de engañar a la sociedad. Como ha quedado solo, se acerca a un hombre que está a su derecha.

-Qué tal le parece la fiesta?

-Es una cosa sencilla. Vamos, hombre, esto parece un cumpleaños de muñecas.

El otro nada contestó y se disolvió en sonrisas. Al señor Verlaigne lo tenía sin cuidado si aquél pensaba así o de otra manera. Continuó:

-Vamos hombre! Eso es ridículo. Bailar así. Es cosa de chiquillos. Darle a uno estos espectáculos; no es posible. La capacidad moral de los humanos tiene su límite. Como decía Epicuro....

Ya habían concluido y, camino de alcanzar un trago, los esposos Romero se acercaron a donde el señor Verlaigne domaba desafortadamente unos bocadillos. Sin requerimiento alguno de ellos, se regaló en elogios.

-Maravilloso, increíble! Qué bello; dos esposos que se amen así. Soberbio. Me recuerdan ustedes los amores del Duque de Costampña y la Marquesa de Esmeralda....

La verdad es que el señor Verlaigne no tuvo amistad con conde alguno. Pero él gustaba de ilustrar sus conversaciones con la descripción de personajes legendarios, describir los salones de alguna corte europea, relatar sus charlas con famosos escritores fallecidos, en fin, no hubo torero de enjundia, ni artista célebre, mucho menos pintor de talento, que no solicitara su opinión. Y no se crea que como político fuera hombre sin adornos. Jamás conoció la oposición y había sido consejero obligaro de más de un gobierno. No hay noticias de sujeto alguno para quien la mentira fuera más verdad que para este señor Verlaigne. En un tiempo, a su arribo de España -tuvo buen cuidado de colocar el Atlántico entre su humanidad y la guerra civil- se hizo envolver en un prestigio de intelectual, de poeta feliz, de crítico profundo, de señor muy enterado. Y esta comedia le proporcionó un tranquilo bienestar. Mas su condición de mentiroso inconstante lo llevó a tremendas complicaciones. Además, ciertos refugiados venidos de la Península se encargaron de reducir al señor Verlaigne a sus justas dimensiones. Perdido aquel aire superior en que se escondía; disipada la admiración que en un principio se le tributara, no fueron pocos los que dieron en burlarse de él. Según sus propias palabras, no había libro serio que no conociese, ni escritor valioso que no le remitiera un ejemplar enumerado con dígitos. Y este fué el flanco por donde se bombardeaba con bromas la obesa personalidad del señor Verlaigne.

Seramente preocupados, como aquellos que han pasado horas discutiendo algún serio problema filosófico, se acer-

caban al señor Verlaigne. Casi siempre era Sánchez, un mozo inteligentísimo, poeta prometedor, compañero rendido de la broma, el chiste y la carcajada.

-Señor Verlaigne, nos permite?

-Qué os pasa, chicos?

-Mire usted, que queríamos saber qué piensa de ese libro nuevo "Sueño y Angustia de la Palabra".

El señor Verlaigne meditaba un momento. Quién quita que por casualidad lo conociese; pero no, no tenía noticias de ese libro. Pero el señor Verlaigne...

-Vamos hombre, es un libro..... vamos pues, un libro mediocre... Sí, sí, tiene cierta gracia, cierta gracia....

Los muchachos se retiraban apretando los dientes, conteniendo una copiosa carcajada: el tal libro no existía. Era una de las tantas ocurrencias de Sánchez para apretar la enorme personalidad de nuestro amigo. Esto es el señor Verlaigne que a veces se dejaba llamar doctor, que hablaba horrores de los esposos Romero mientras escanciaba la bodega y reducía la despensa de la familia.

-El baile transporta. Es una de las pocas diversiones que no fastidian a mis años- respondió el señor Romero sin reparar en aquella semejanza que el señor Verlaigne encontraba entre ellos y el Duque de Costamoña con la Marquesa de Esmeralda.

-Vamos hombre, no faltaba más. Y vaya que lo hace usted bien....

-No tanto, amigo mío.

La alegría continuó en ese alto plano en que la coloca

el trago abundante y la comida balanceada. Los esposos Romero bailaron una y otra vez, ella exageradamente ceñida, Romero alegre, jovial, los ojos ligeramente entornados, como si de pronto descubriera el mundo que tanto se prometió.

La noche se fué entrando imperceptiblemente por las axilas sudadas, el vientre satisfecho, por ligeros mareos. Pero ello no hubiera significado el final del jolgorio. La verdad es que la mesa enflaquecía y de la cocina no regresaban nuevos platos; a una botella vacía no reemplazaba otra nueva y la preocupación fué embargando los ánimos alegres. Sin embargo, pasó algún tiempo -el prudencial para que los esposos Romero subsanaran el olvido- y nada de nuevos platos ni más bebida. Entonces fué la cosa. Alguien descubrió en su reloj lo tarde que era ya y todos a su vez descubrieron lo mismo, como los pasajeros de un barco perdido que divisa tierra.

Fue así como repentinamente quedaron solos los esposos, en los acordes todavía de la última danza. Claro es que despidieron a todos y cada uno de los convidados. Pero lo hicieron con aquellas frases con que se agradece un pésame, inconscientemente. Y volvieron a bailar. Algo raro sucedía. Se juntaban más y más; no huían de nada. Qué dulce era todo. Al fin lo comprendieron: estaban solos. El señor Romero, presa de una euforia largamente contenida, lleno de un gozo propio del mozalbete que estrena su virilidad, apartando a su mujercita exclamó:

-Al fin solos!

Su mujer lo miró sorprendida y luego dejó pasar la vista en derredor. "Estaban solos". Una mueca adusta sustituía

la dulce expresión de la mujercita del señor Romero. "Sólos". Los ojos se le llenaron de miedo, subió la mano hasta la altura de los senos como quien se defiende de un agresor y dió un paso atrás.

Fernando, con una risa hambrienta, con la sangre abrasada, tenía la expresión del andarín que arriba a una posada luego de muchas jornadas sin parar. Un paso adelante. Ah, los brazos cortos pero seguros. Su mujer cabe muy bien en ellos y hasta podrá sentirse bien. Avanza. Eva retrocede. Tiene los ojos afiebrados. Ahora Fernando no sonrío. Está serio. Se abalanza sobre Eva, que se tira temblando sobre el diván. La acomete. Ella se defiende. Con una mano cubre los senos y con la otra el bajo vientre. Fernando nada tiene del marido circunspecto. Le lanza manotones a los senos, mordiscos a la boca, circula sus rodillas por los muslos de ella.

-Pero Eva....

-Déjame, atrevido!

-Pero mujer....

-Salvaje, violador. Grito.

Fernando no oye. No entiende. En un esfuerzo superior le desgarró el escote y esos senos menudos y coquetos de Eva Romero brincan nerviosos como quien quiere huír y está amarrado. La mujer sólo atina a guarecerlos a medias, pues escapan hasta de sus propias manos. Al fin consigue Fernando asir una de estas dulces palomas cautivas y es tanta la fuerza con que lo hace que Eva abre los brazos, se sienta en el sofá y suelta a gritar desaforadamente. Sacudido por los

gritos, el señor Romero detiene la acometida feroz, se da cuenta de que hace rato no respira, y medita. Increíblemente ágil, la señora de Romero pega un salto olímpico que la deja tan cerca de la cocina que es cosa de minutos cuando regresa armada de un descomunal cuchillo y se enfrenta a su marido.

-Violador! Violador!

-Pero mujer...

-Violador, sucio, violador!

Esta vez también, Fernando Romero, afiebrado, nervioso, se fué a su recámara, sola y fría habitación que nunca supo del calor femenino. Quién iba a pensar que "aquello" tendría fuerza tan rotunda en su destino? Quién pudiera creer que entre su cama y la cama de ella se levantaba, no esa pared que todos veían, ni el servicio colocado allí con ensañamiento; no. Entre su cama y la de ella, estaba "aquello". Sí, "aquello", más fuerte y resistente que todas las murallas del mundo.

CAPITULO IV

El hombre de ciudad padece una predisposición natural al problema. Dicho mejor, sin que ello signifique categóricamente densidad, son hombres complicado. Porque se ha perdido la sana condición de la sencillez, de la libertad apacible que fluye de la naturaleza, y se vive el torbellino de la máquina, de la transacción, de la trampa que aguarda en cada esquina. Y este paisaje cotidiano tiene mucho que ver con el estado mental de los hombres. No es que sea una cosa efectiva, real, palpable, pero en el fondo hay siempre un temor, una sensación permanente de fuga, de cerco, de asedio; se esgrimen a cada momento los motivos del perseguido.

Y así, en más de una ocasión, se huye, escapa uno. A qué huye? A qué teme? Es una rara sensación del hombre de ciudad que sugiere muchas explicaciones. Es como si dejéramos que se ha perdido el alma. Que se perdió y no se encuentra y que a veces nos persigue. Pueden ser las calles llenas de balcones, o ese ruido criminal de los autos; tal vez las chimeneas, incólumes como viejas fumadoras; probablemente tenga alguna relación con los desconocidos. Sí, es posible. Camina usted esas aceras, terriblemente habitadas, y por doquier están los rostros extraños, curiosos a veces, tontos la mayoría, desesperados otros, buscando algo. No es el idioma, ni la palabra, ni el acento. Eso se olvida. Son los ojos. Ojos! Ojos! Ojos! Cosa terrible! Se llega a la casa, se cierra la puerta fuertemente, se bajan las cortinas, hasta se apagan las luces y de pronto, se descubre que la pared, el piso, los muebles, todo, pero todo, está lleno de ojos. Ojos curiosos. Ojos tontos. Ojos desesperados.

Algo de este asedio permanente fustigaba al señor Romero. Y esto a su vez mucho tenía que ver con su vida complicada de pequeño-burgués. Porque el Fernando Romero que hemos conocido es un personaje interesante. Cierto es que hay algo de necesidad en ese apacible esposo de la encantadora Eva. Pero, si se quiere, eso poco importa, después de todo.

Fernando Romero era oriundo del interior de la República. Probablemente de algún pueblo de las provincias centrales, porque cada vez que durante una conversación se tocaba el tema del interior, hablaba sobre esa tierra, más allá del

Ferry, describiendo paisajes de llanos extensos, secos, de ríos delgados entre profundos barrancos. En fin, hacía el retrato de una tierra muerta. Desde muy joven dejó el campo. Es de sospecharse que algo extraño estaba ligado a su partida, porque como un viajero solitario y lleno de historias llegó a la ciudad. Jamás retornó a su tierra ni noticias nunca tuvo de allá. Pero tiempo después se supo que dejó una madre y un hermano menor. Sin embargo, él vivió como un hombre sin familia.

Tendría unos veinte a su llegada a la ciudad. De inteligencia despierta, amigo de la lectura y la conversación, adquirió pronto cierta soltura social que lo acercó a muchas puertas. Y téngase presente que era de físico agradable y de una gracia tremenda en la mirada. Más bien bajo que alto, su agilidad en todo momento lo adornaba de una juventud permanente. Y eso que los sucesos que ahora relatamos iban algo distanciados de aquellos días en que decidiera vivir en la ciudad. Pero con todo, en su pasado había momentos tan profundos e intensos, que sólo nuestro deseo de ser objetivos y breves nos aparta de tamaña tentación. Pero, cómo explicar esa desesperación profunda, esa búsqueda pertinaz, ese cansancio prematuro por todas las cosas? Ya sabemos que el matrimonio de Fernando Romero era un fracaso rotundo. Y no piense nadie que él o ella eran culpables. No. Algo muy terrible estaba en el fondo o sobre ellos.

El mismo se sorprendió muchas veces meditando sobre su vida. Porque hay cosas que escapan a la voluntad, a la razón, hay hechos que son en sí conclusos, acabados, sin pro-

ceso cerebral alguno. Alguien diría que son correspondencia del ambiente, un producto social. Pero, y la conciencia? La conciencia también puede ser un motivo que se tomó del ambiente. Tal vez esta explicación terriblemente cutánea, periférica, sea la que mejor explique el caso de Fernando Romero. Porque si nos fuera dado pensar sobre el hombre y su destino, si fuera posible calcular sobre la historia posible de cada ser, nos encontraríamos por caso que el señor Romero resulta grotesco como un pequeño-burgués lleno de tedio. El pudo ser un valiente cuatrero sin más ley que la resistencia salvaje de un toro cimarrón; un traficante en drogas heroicas; un explorador afortunado; domador de circo o, en fin, un policón impenitente. Pero no! Fernando Romero no fué nada de eso y es, con mucha honra, pequeño burgués sin más anhelos que atisbar una insólita escasez de mercancías.

Sin embargo, todo hombre vive, aunque furtivamente, algo del destino que se le supone.

Fernando Romero dió de bocas con un mundo tremendo cuando arribara a la ciudad. Un mundo de inquilinos miserables, de obreros, de prostitutas y borrachos. Desde luego, aceptó esto como una situación transitoria, pasajera y hasta necesaria. Silenció su temperamento poético que no encontraba caminos en una sociedad en que el dinero era un soberano dadivoso. Así empezó una lucha que sin peligro alguno puede llamarse heroica. Orgullosa, ruda por el trabajo del campo, empezó a arrastrarse por la cuesta. Estudian-

te de noche y empleado burocrático de día, se dió a cazar amistades. El escaso sobrante de un presupuesto muy severo, lo liquidaba en obsequios para amigos, hasta volverse un huésped indispensable. Ya se le esperaba. Era dolorosa esa persecución de Fernando por una niña con dote. Pero algo había en él que apartaba de su destino a esas mujeres de tentadores carros, de copiosos afeites y de profundas ignorancias. Por un informe oportuno consiguió la plaza vacante en la fuerte compañía importadora en que lo hemos encontrado. El cambio fué brusco. Terminó la prodigalidad. Todo su afán lo llenaba una cuenta en el Banco Nacional y llegar a ser un empleado indispensable.

Por esos tiempos conoció a Eva y la unció a su suerte. O dicho mejor, la primorosa Eva lo amarró al carro de su diminuto destino. Entoncés puede decirse que una etapa curiosa empieza a florecer en esta vida trivial. Porque como ya conocemos, sería cómico hacer la historia de la vida conyugal de Fernando y Eva. Quién dijo que la honradez tiene una cara? Quién puede afirmar que no se pueda ser un esposo ejemplar y un calavera irresistible a un tiempo mismo? Quién será el audaz que afirme que Fernando Romero era sólo un simple comerciante y sólo eso? Ah, esta sociedad de acero que mil años de civilización religiosa han montado, no es tan sólida, tan conclusa como se afirma. O quizás sí; tal vez sea demasiado dura para la pasión, para el humano pecar que siempre escapa, inventor eterno de sutiles caminos delinquentes. Porque quien crea y afirme que Fernando era un cautivo, un galeote de los encantos de la primorosa Eva, co-

rre el riesgo de mentir.

Pocos hombres han sentido como él la vigencia de dos mundos, los ritmos diferentes de dos estados sociales, que aunque conformaban un grueso nudo gordiano, trabados por razones de trabajo, historia y lugar, eran tan independientes, eran tan completos en sí, que ir de uno a otro daba la sensación de que se iba a sitios diferentes.

Algo muy profundo, tal vez una soberbia cuidadosamente disfrazada, lo empujaba a ganar una clase llena de tentadoras condiciones. Había que ser burgués. Ser dueño de un almacén, de una cantina, montar una fábrica o si fuera posible, si no estuviera acaparado ese renglón por los magnates y los frailes, poseer un cabaret. O no tanto como un cabaret. Siquiera una casa de citas. Pero eso ya era pedir demasiado. Se contentaba con una botica y hasta con una refresquería. Sin embargo, muy pocas cosas alcanzó. Mas esta lucha hacia la burguesía no derraigó a Romero. Si de día comportaba su vida con el estereotipado recato de un comerciante, de noche se refosilaba en las carnes de alguna morena, o con el cigarrillo que un compañero de pensión hiciera con las colillas de muchos suelos. Sobre todo, era una realidad sexual. Esa muchacha del pueblo, morena, sin perfumes, ni ciencia, guardaba muchos secretos deliciosos. Así, la vida de Fernando Romero se desarrolló en una tremenda dualidad.

Recordemos que fueron muy duros aquellos tiempos de su llegada a la capital. La desorbitada bonanza que sucedió a la gran guerra desembocó en una crisis tremenda que conmovió profundamente los cimientos de la organización política

mundial. El gobierno panameño, uncido al imperialismo de Wall Street, cayó en un golpe de estado que prohibió un movimiento de juventud. El nuevo gobierno confrontaba una trágica situación. Empeñado en lo exterior en amortizar una deuda del Estado, estaba poco menos que inválido frente a las demandas internas. La burocracia clamaba por muchos sueldos atrasados; el capital interno, de suyo tímido, no sabía si invertir o aguardar en los Bancos una depreciación de la moneda. El desempleo cundía. Y como es de suponerse, la vida en las pensiones se hacía cada vez más difícil. Porque, aunque muchos piensen lo contrario, pocas balanzas hay más fieles para calibrar la situación económica del país que la vida turbulenta de las pensiones. En tiempos de bonanza -los días de las gordas vacas- se encontrarán las pensiones llenas con bastante material extranjero; pero cuando el sol declina, cuando un centavo en la calle provoca la admiración de los transeúntes, como quien dice, cuando la nave se hunde, no se encuentran extranjeros en las pensiones. Están llenas, sí, mas serán todos hijos del país. Gentes incapaces de prender fogones en casa, que se refugian en esa estilizada versión de asilos para ver si, con el esfuerzo mancomunado de los hermanos en desgracia -incluyen al dueño del establecimiento- es posible armar lumbre en el fogón.

Son estos los tiempos de pensión de Fernando Romero. Cuando fumaba cigarrillos manufacturados e inventaba meriendas en las carnes lisas de alguna morena.

CAPITULO V

Tras un día lleno de muchas diligencias, el señor Romero se acercó a su casa con ánimos de cenar. Claro es que tenía derecho. El caso circunstancial de que su encantadora Eva trabajara, no implicaba en modo alguno la proscripción de los elementales compromisos conyugales. Además, de hilar un poco fino sobre la contabilidad de la señora de Romero, descubriríamos un juego primitivo de operaciones: ella entregaba a los almacenes todo su sueldo, y los establecimientos mandaban a su casa muy poca cosa: dos o tres carteras por quincena; un par de zapatos todos los meses; un frasco increíblemente pequeño de perfume y siem-

pre, una notita en la que le notificaban cierto saldo pendiente que debía cancelar. Esto, como se ve, daba aún mayor fuerza a las pretensiones del señor Romero. Pero, como ya sabemos, eran más frecuentes los eclipses de sol que el hecho de que su esposa y él armonizaran sobre cualquier punto. Una cosa hay cierta: a la mujer se la domina por el sexo. La entrega sexual implica un rendimiento absoluto, la liquidación de las fuerzas escondidas de la mujer, el desmoronamiento de la malicia y el orgullo. Tal vez esto lo intuyera Fernando y seguramente allí podríamos encontrar ese espíritu de "laissez-faire" con que contemplaba los sucesos de su hogar.

Así, no por conocido fué menor su asombro cuando la primorosa Eva lo recibió con un tremendo:

-No hay comida!

-Pero....

-Iremos a comer afuera.

Esto era más de lo que podía resistir el temperamento humano. Hasta el de un pequeño-burgués. Fué así como, en un tono lleno de ademanes heroicos, respondió:

-Qué comer afuera ni qué niño muerto. Aquí el único que a a comer afuera soy yo.

Tras el portazo que cayó sobre su espalda, no supo qué sucedió. Tal vez la preciosa Eva sonreiría. Quizás esos ojos suyos tan prontos a llorar manaran lágrimas. Pero él, Fernando Romero, sentía un íntimo contento. Por instantes, hasta puede pensarse que esas horribles escenas hogareñas eran pensadas, calculadas, y realizadas bajo la absoluta a-

probación de él. El Ford, liviano y laborioso, cruzó calles y más calles camino de los barrios bajos. Frente a una vieja casa detuvo el automóvil. Un manojó de voces lo abrazó:

-Fernando!

-Ya era tiempo, Fernando.

-Qué hubo viejo, te esperamos?

-Sí hombre, ya vuelvo- contestó. -Pero, hay algo? Un "zunguito" de a cinco siquiera?

-Quién pregunta por clavos en casa del zapatero?

Las risotadas llenaron el patio. Le rodeaban hombres con caras afables y ropas mugrientas.

-Esperen un momento; seguramente Marcela nos ha escuchado.

-Anda y vuelve, Fernando, que aquí esperamos.

Al final de una escalera, que sería muy larga para quien tuviese que usarla muchas veces durante muchos días, una puerta color marfil se abrió repentinamente. Una preciosa trigueña llenó de sonrisas la llegada de Romero.

-Fernando.... pero estás vivo?

-Gitana, quién fuera torero para capear la gracia de tus ojos.

-Zalamero.

-Eres la mujer más hermosa de Panamá.

-Yo? Una pobre arrabalera? Mentiroso.

-Que se muera mi mujer si no es cierto.

Se abrazaron entre carcajadas. Era un apartamento sencillo, con las paredes llenas de calendarios. Aunque en el centro de uno de los barrios más populosos y miserables de

la ciudad, era tan claro y tan sencillo que en él muy fácilmente podía olvidarse el mundo.

Marcela era una esbelta trigueña, escasamente más baja que Fernando. Altas caderas, senos firmes, y unos ojos negros llenos de chispas. Trabajaba en un Banco extranjero en el departamento de giros. Cómo vivía? Eso, sin ser un misterio, frecuentemente resultaba en historias. Sin familia, más bien tímida, era una solitaria que hablaba poco y sonreía con dificultad a los desconocidos.

De las frecuentes idas de Fernando al Banco resultó la amistad. Aquella introversión de Romero cayó rendida ante la sencillez, la candorosa atención de ella. Sin saber cómo, se amaron y ella se entregó a esta pasión con un desprendimiento conmovedor. Entre ellos no había compromiso alguno. Era un pacto de amor, sin más obligación que amarse hasta cuando se amaran. Un mundo raro que los dos descubrieron. Por ella conoció a esos hombres que abajo le aguardaban, para quienes Marcela era reina que todos cuidaban y querían. Una sociedad compuesta de hombres viciosos y degenerados, honrados unos, malandrines otros, pero todos de generoso corazón. Cómo cayó Fernando en este círculo, cómo vivió con ellos tantas noches orgiásticas y cómo conquistó su confianza, son cosas terriblemente difíciles de explicar. Atengámonos mejor a la razón de que a veces el espíritu humano descubre goces en las cosas más insospechadas.

-Ya comiste?

-No! Qué se puede preparar?

-Ven, vamos a la cocina. Te mostraré todo lo que hay. A lo mejor sólo será café y galletas.

-No importa, mujer. Cualquier cosa me llega bien.

Había cierto aire cálido en la conversación, en sus risas, en sus gestos. Las palabras iban suaves, y sin que lo fueran en realidad, tenían un acento de confianza. Fernando hablaba de ciertos temores. Un presentimiento lo visitó durante el día.

-Sabes Marcela, creo que Pedro Juan llegará pronto.

-Pedro Juan? Y por dónde anda?

-Quién sabe! Tuve noticias de que estaba en Bocas del Toro y de que iba hacia la frontera de Costa Rica. De allí no sé más.

-No sé por qué, pero me parece, Fernando, que no hay razón para que le tengas miedo a Pedro Juan....

-No es miedo, Marcela, no es miedo! Yo no te puedo explicar. Tú lo conocieras.... Es algo raro! Creo que en veinte años nos hemos visto dos veces.

-Es curioso. De todas maneras es tu hermano.

-Mi hermano! Después de todo, qué distinto hubiera sido todo si....

Fernando calló. Sus ojos apartaban brumas; su pensamiento, qué inquiría? Qué figuras proyectaba en el tiempo, qué diálogos se armaban en la sangre?

-Tonterías; que venga, que venga.

-Pero cómo estás tan seguro de que viene, Fernando? Me dijiste que sólo eran presentimientos.

-Sí, sí, pero estoy seguro!

-Me gustaría conocerlo!

-Ah sí, sí. Ya lo verás. Es menor que yo unos ocho años. Ahora mismo debe andar por los treinta. Sí, me parece verlo! "Soy Pedro Juan Montijo!". Y todo el mundo lo mira y le cree. El habla y todo el mundo, todo el mundo, Marcela, le cree. Si alguien le pregunta algo, no es porque dude de sus palabras, sino para oírle mejor.

-Y de dónde sacó ese apellido de Montijo?- preguntó Marcela, soslayando la desesperación, el miedo que indudablemente le daba pensar la posibilidad de que un día ella conversara con su hermano.

-Quién lo va a saber? Pedro Juan es así. Hace y dice las cosas con una confianza que desconcierta. La primera vez que nos vimos después de muchos años, se llamaba Pedro Juan Quintero. Luego, la última vez que nos encontramos, venía de Méjico y los Estados Unidos. Se hacía llamar entonces Pedro Juan Montijo. Recuerdo que le dije:

"-Bueno, Pedro Juan, qué piensas hacer con tu vida? Tiempo es ya de que sientes cabeza."

"-Ya es tarde para preocuparse por mi vida, señor Fernando Romero."- me dijo.

Del patio subieron voces gruesas que los llamaban. Marcela, levantándose de la mesa, se acercó a Fernando y le acarició dulcemente la cabeza.

-Venga, bajemos donde los muchachos y olvídense de Pedro Juan.

-Sí, es verdad. Vamos.

Era un grupo extraño. Uno manoseaba una guitarra terriblemente desafinada sin más voces que las de tres cuerdas. Un barril de cerveza aguardaba en el centro. Era gente de los bajos fondos. Aunque ninguno estaba fuera de la ley, su condición social era discutible. Hasta su condición humana podía discutirse. Uno de ellos contó el motivo de la celebración. Se había ganado esa tarde veinte balboas de la manera más sencilla. Cierta mujer lo llamó con gestos urgentes. Era de esas damas de mal vivir. Tenía estrábicos los ojos y las manos le temblaban. Le pidió por favor que fuera donde una persona conocida llevándole cincuenta balboas que le entregaba, para que le mandara "aquello". Claro está que él pudo esfumarse con el dinero. El no conocía a esa mujer y lo más seguro es que no la volvería a ver. Pero le dió mucha lástima la cara angustiada y cumplió el encargo. Era cocaína. La mujer, profundamente agradecida, le regaló veinte balboas. Sí, por eso estaba allí ese barril de cerveza y por eso también estaba allí el Chepano tocando guitarra. Ei no hubiera sido por aquella mujer, nada de eso habría. Era bueno que la gente tuviera ciertos vicios. El relato se celebró con muchas risas y muchos tragos. Marcela no tomaba. Fernando hizo un brindis y pidió permiso.

-Muchachos, Marcela y yo vamos a caminar un poco por el malecón.

-Vayan, vayan, que aunque la noche es larga, a veces resulta corta.

Un coro de risas se fué apiñando a la espalda.

La noche estaba clara y la marea seca. El malecón, largo, largo, se convulsionaba como un pez cautivo. Abajo, los

cangrejos, como niñas escrupulosas, andaban en cuclillas. Las peñas, negras, eran beatas penitentes de rodillas en la playa. Allá, el mar soltaba cantos de mujer enamorada. Por el norte, la ciudad sentaba sus ojos sobre el agua.

-He pensado que debes mudarte de este barrio.

-Mudarme? No, Fernando.

-Este ditio es deprimente.

-Qué te pasa, te disgustan los muchachos?

-No, no es eso.

-Son buena gente.

-Sí, pero después de todo, son unos maleantes, gente perdida.

-Fernando, no me gusta que hables así. Ellos son mis amigos.

-Es absurdo.

-Mira Fernando: tú estás disgustado, por eso hablas así. Esa gente te gusta, yo sé que te gusta. Ellos te quieren y me quieren. Mira tú cómo me respetan. Ellos saben mi condición; saben que tú eres un hombre casado. Sin embargo, jamás han tenido un gesto malicioso, despectivo; jamás he oído de sus labios la menor ofensa. Al contrario; ellos respetan mis sentimientos y para ellos no hay más ley que esa.

-Parece mentira, una mujer como tú con esas amistades.

-Fernando, es inútil que hables así. Yo sé qué clase de mujer soy. Eso lo tengo muy adentro. Tu mundo es muy distinto a este. Allí hay muchas leyes, muchas disposiciones para entenderse. Aquí no. Sólo priman los sentimien-

tos. En el mundo tuyo, ellos son ladrones, burladores de la ley, y yo, una querida vulgar que está atentando contra la santidad del matrimonio. Sin embargo aquí, tú lo ves, son gentes como todos. No son ladrones ni burladores de la ley.

-Sí, todo es muy cierto, pero tú comprendes.... yo...

-No seas tonto, hijito... Yo estoy aquí contigo porque te quiero. Tú vienes a mí porque me quieres. Eso es todo. No haría ningún sacrificio para conseguir eso, y cuando lo hiciera ya dejaría de serlo. Cuando te veo venir, sé que vienes a buscar algo que no encuentras allá. No compliquemos nuestras relaciones. Déjalas en amor solamente. Por ahora sólo una cosa me interesa: tu amor. Cuando eso falte, necesariamente nuestras vidas serán distintas. Entonces se pueden discutir las circunstancias.

-Mujer, mujer, no es para tanto.... Lo digo por tí, por tí.

-Ya lo sé Fernando; lo haces de puro corazón.

-Claro! Imagínate. Una mujer como tú, de tu belleza, con tus ojos. Te llevaría al café, a los jardines. Verías cómo todas las mujeres te envidiarían; sobre todo, esos muchachos del Café te admirarían. Todos. Si los conocieras.... en verdad que lo hacen a uno olvidarse de esta vida y todo. El pintor llenando de dibujos locos los manteles, los menús, las servilletas; el poeta, feo hasta el absurdo, pero inteligentísimo.

-Seguramente esa gente me guste. Por lo que te he oído, ellos son de acá y no de allá.

Rieron. El diálogo del mar y las rocas se acercaba.
La marea subía.

-Esta noche volví a pelear con mi esposa. Cada día
nuestra situación se hace más insoportable.

-No hablemos de ella, quieres?

-No te gusta hablar de ella; ni siquiera la conoces.
Por qué?

-Porque me hago el ánimo de que no existe; de que tú
eres un hombre solo y que amas a mí únicamente.

-Eso es cierto.

-Si la conociera, ya no podría ser lo mismo. Ella es
mujer como yo y le quito lo que le pertenece.

-Tú no le quitas nada...

-Claro que yo sé que nada le quito; pero ella jamás
comprendería eso.

-Bien, no hablemos más del asunto.

CAPITULO VI

Un poco tarde era ya cuando Fernando abandonó la casa de Marcela. No, de Marcela no. La casa de todos. De quienes vivían en ella y de los que no vivían. Sólo el agradable apartamento de Marcela escaparía a la definición, certera, de que esa casa era un techo sobre unos paredones inmundos. Si ella se dignara explicarnos cómo es que vive allí; qué extraños sentimientos la amarran a esos sitios oscuros y malolientes por donde siempre sueña el mar! Que nos dijera, por ejemplo, por qué no hay resentimiento ni amargura en sus pupilas. De verdad resulta interesante esta muchacha, perdida en los substra-

tos de la sociedad panameña y que sin embargo no desespera, no se rebela y antes por el contrario, se la ve llena de fe en el porvenir.

Pero dejémosla. Ella nada dice y la luz de sus pupilas no adelanta mayor cosa. Mucho menos sabemos ahora que la puerta de su aposento se cerró tras los pasos de Fernando.

Las voces de los parranderos dicen cosas incoherentes a Fernando.

-Se va el hombre tan temprano?

-Qué hay si le da al vidrio con nosotros?

-Otro día, muchachos, porque este hombre va de apuro.

Romero no lo podría explicar, pero la calle siempre le procuró alivio. Una cosa había cierta y es que él no quería llegar a su casa aún. Eran más de las once y ni el más ligero atisbo de sueño se anunciaba. Qué le estaba sucediendo? A quién culpar de esa especie de miedo, no de miedo no, de esa.... en fin, de esa cosa rara que sentía muy dentro?

Se detuvo frente al Café. Charlar resulta tonificante, es decir, para él siempre resulta saludable conversar. Junto a la entrada había una tertulia de viejos. A mucha distancia era visible la figura simpática del Director de la Orquesta Sinfónica Nacional, con la voz profunda y el grito de un Méleto acusador. Los otros eran viejos políticos algunos, noctámbulos irreductibles otros, artistas fracasados el saldo.

Fernando saludó respetuosamente. Hacia el interior del Café estaba el grupo. Hubo saludos, movimientos de sillas, palmadas en la espalda y preparativos para pedir otros cafés,

flanes, algún emparedado, si el ánimo y el bolsillo del visitante lo soportaban.

Esta gente conformó uno de esos grupos que por más que medita uno no encuentra lógica en sus orígenes. Son elementos sobrevivientes de una decantación natural que, un día cualquiera, se descubren unos a otros, ya en un Ateneo, ya en el Comité Central de algún partido; una vez en la hora de recreo de cualquier penitenciaría; otra, como en este caso, en el interior mugriento y opaco de un Café.Cuál es la trabazón de estas personas tan distintas?, se preguntaría alguien que los escuchara por primera vez. En verdad resulta cómico buscar afinidad entre estos temperamentos. Quizás nada los una más que esa tremenda negación que es uno del otro, uno de todos, todos de uno.

-Tienes cara de cura trasnochado, Fernando.

-Más respeto para con las canas, eh?

-Calla, sacristán.

-Bueno, ando armado, así es que no se desmanden- anunció Fernando sin desdoblar el ceño.

-Qué te pasa, Fernando?- dijo un muchacho con una cara larga y fina como una tula.

-No sé; nada especial, debe ser el estómago.

-Dispepsia!

-Los nervios.

-Ulceras!

-Oyeme ve, -dijo Fernando a quien le mencionó las úlceras- vamos por partes. Yo no he venido a buscar diagnósticos. Ni a que pregunten qué es lo que me pasa.

-Ya está!

Hubo una carcajada general que alcanzó también a Fernando. Bajó la temperatura y hasta el poeta -un mocetón con lentes- desenredó esa cara de enterrador de muertos que Dios le había dado.

-Oye, Fernando, tienes noticias de Pedro Juan?- preguntó alguien.

-Pedro Juan?- Meditó un momento. -No, no sé nada.

-Viene pronto!

-Que viene? Cómo lo sabes?

-Me escribió una carta de cinco líneas que dice así:

"Ratón de biblioteca: creo que un día de estos caigo por allá. Estoy en los abacales de Base Line. Te llevo una negra para que te ayude a mantener los chinches del cuarto. No te espantes: huele bien. Peso: 205 libras. Pedro Juan."

-Cuándo la recibiste?- preguntó Fernando sin reparar en el recitado.

-Hace como una semana.

-Por qué no me lo dijiste antes?

-Tú no te apareciste por aquí.

-Pero...

Fernando tuvo momentos de duda. Dió la impresión de que quería decir algo, mas nada dijo. Los concurrentes lo miraron y tras el silencio abandonaron el tema. Fernando llamó al mozo, pagó la cuenta y se levantó.

-Debe estar llegando, pues.

Sin despedirse, se fué como agobiado por una profunda mortificación.

-Qué le sucedería a Fernando?

-Diga usted al señor Romero, que aunque un poco más largo, es más respetuoso.

-No notan ustedes que cuando se le menciona a Pedro Juan no puede disimular el desagrado?

-Es verdad, marxista. Recuerdan aquella otra vez que lo recordamos e hizo lo mismo?

-Algo pasa entre los dos.

-Resabios pequeño-burgueses. Romero es un hombre mortificado por su condición humana.

-Pecado de Dios! Sólo el cielo sabrá qué horrible tragedia expía su alma.

-No seas torpe, sacristán.

-Más respeto.

-Pero claro, hombre. A quién se le ocurre en estos tiempos positivistas hablar de pecados y de terribles tragedias expiatorias. Para decir esos disparates, mejor no abras la boca.

-No seas duro, marxista, que bastante tiene ya el sacristán con las ocurrencias de Su Santidad.

-Blasfemos.

-Allí lo tienen, -cargó el marxista- no saben otra cosa que esperar a que la Providencia lo resuelva todo. Herejes para arriba, blasfemos para abajo; ateos por aquí, impíos por allá.

-A ustedes les hace falta poesía- terció el poeta. Es la panacea universal. No hay cosa que un poema no resuelva. Si estos que se llaman estadistas fueran poetas, poetas de verdad, que sintieran la poesía, otra cosa fuera del mundo.

-Bravo!

-Bravísimo!

-Viva la poesía!

-Mueran los poetas!

-Ustedes no comprenden...- dió marcha atrás el poeta.

-Yo decía- reanudó el marxista - que el problema de Fernando es un problema psicológico de pequeño-burgués. Para decirles la verdad, Romero me da lástima. Está tan lleno de convencionalismos, tan circunspecto, son tan fingidos sus gestos y sus gustos que no me cabe la menor duda de que este hombre sufre. Ahora bien, por qué? Por qué ese comportamiento, esos conflictos psicológicos? Degeneración pequeño-burguesa. Fernando se ha asimilado a una clase que no es la suya y no puede salir de ella. Hay que verlo entre aquella gente para darse cuenta de cómo es de repugnante.

-No hables así; después de todo es nuestro amigo.

-Nuestro amigo? Dejen ese sentimentalismo reaccionario. Nosotros le caemos más pesados que una lluvia de pedradas. El viene aquí porque nos necesita, porque le gusta conversar con nosotros, porque a veces se da cuenta de la miseria de su vida y piensa que hasta la nuestra -una vida de perros que no aguantarían los perros mismos- es mejor que la suya.

-No te olvides de que le has tomado muchos cafés, muchos flanes, muchas chuletas.

-Otra vez el recato burgués. Ustedes son incorregibles. Claro es, le tomo su café y todos los cafés de los burgueses. Pues claro es: el café que él me paga es igual al café que tú, otro y yo pagaría. Por qué no lo había de tomar? Ade-

más, el café no está mal, está mal él. Por otra parte, la Revolución Social necesita hombres que la lleven adelante; el hombre necesita comer; yo soy hombre, luego como todo lo que sea, no importa de dónde venga. Lo fundamental es comer. El resto son susceptibilidades de clase media religiosa.

-Qué discurso!

-No me interrumpán-. Simuló estar pensando profundamente, luego prosiguió:

-Decía que su problema es psicológico, algún pequeño incidente que se ha deformado en el tiempo y que ahora parece convertirse en un complejo. Por lo que he visto, a Fernando le aterra la posibilidad de que Pedro Juan regrese. Por qué? Por qué, pregunto yo? Ustedes conocen a Pedro Juan y sabe qué clase de hombre es. No se anda por las ramas y además, recuérdense bien, Pedro Juan despreciaba a su hermano. El problema de Romero es si Pedro Juan viene a Panamá y su estada aquí. El no va a poder ocultar a sus amistades el regreso de su hermano. Y qué van a pensar las amistades del señor Fernando Romero de este hermano, de este loco Pedro Juan Montijo?

-Ya está el problema resuelto- saltó el ateo que, por ateo, era un tanto silencioso. -Jamás he oído tal sarta de disparates juntos.

-Tú eres un charlatán, marxista; con tal de oírte a tí mismo, te tiene sin cuidado lo que digas.

El pintor, que a todo esto permanecía silencioso, levantándose, dijo:

-Señores, es tarde; el que tiene en qué dormir mejor es

que se vaya a tiempo.

El reloj se acercaba a las dos de la madrugada. Viento de noche clara daba besos a unas nubecillas locas. Un carro pasó a dormir. Una conversación de zapatos y ladrillos grababa la calle muda.

CAPITULO VII

En el hogar de los esposos Romero iba para varias semanas una polémica que parecía no tener punto final. Por momentos hasta se pensaba que Fernando, en un arranque heroico, resolvería en definitiva lo pertinente a hacer. Pero no bien esperaba uno esto, cuando la diminuta Eva, sacando fuerza y tono de voz quién sabe de qué espíritu maligno, llenaba la casa con sus argumentos de tal modo que él, indudablemente asombrado, optaba por callarse.

-Pobrecita, tan sola como debe sentirse por allá.

-Sí, es verdad, Eva, pero debes comprender... La situación, los momentos...

-Pero Fernando...

-No se da cuenta de que no podemos? Si ha podido estar-se allá cuatro años, puede esperar unos meses más.

-La pobrecita me dice que está aburrída, que ya está cansada, que no se puede divertir porque allá la gente es muy conservadora. Dice que tiene unas ganas locas de ir a un cabaret, de fiestar, que por allá dicen que Panamá es el país para divertirse; que en ninguna parte se goza tanto como acá.

-Sí, está bien; que espere unos meses y le prometo que vamos a buscarla.

-Vamos, papito.

-Sí, dígle a su hermanita que espere unos meses más, que vamos a buscarla.

La señora de Romero, con una expresión de duda, lo mira a la cara. Como que quiere sonreír y no lo hace. Tiene la misma expresión de un hebreo a quien le acaban de hacer una proposición demasiado tentadora y que no medita sobre aquello que él gana, sino en lo que va a ganar el otro.

-Cuántos meses más?

-A ver? Veamos. Los mineros norteamericanos han anunciado huelgas para fines de mes; el CIO ha solicitado un aumento general de salarios para las uniones marítimas; los pedidos probablemente demoren tres meses... por otra parte... digamos nueve meses.

-No, vamos enseguida.

-No es posible.

-Que digo que sí.

-Es un absurdo, un imposible; no podemos.

-Canalla!- grita la diminuta Eva con voz tremenda. Perverso! Tú no me quieres. Lo que deseas es que mi hermanita se muera de nostalgia. Violador. Sucio. Tacaño. No me quieres, no me quieres. Ay madre mía, qué desgracia! Este hombre va a acabar conmigo; ay, me mata, me mata.

A estas alturas la señora de Romero lloraba con una facilidad asombrosa.

-Si no te ha importado nunca conmigo. Pero viene, de todas maneras viene, sabes? Por encima de tí, viene. Oye-lo bien!

Y mirando con unos ojos aterradores a Fernando, con las manos crispadas, le requería:

-Dime que no? Atrévete a decirme que no, Fernando?

Claro es que el señor Romero, cuando su preciosa señora subía a estos trances, no hallaba cuerdo decirle que no o contestar *cualquier cosa*. Pero es que muy pocos hombres se atreverían a hacerlo. Así que, cuando el asunto llegaba a estas alturas, Fernando se fugaba a la calle. El Ford era entonces su liberación.

- - - 2 - - -

Esta vez eran aproximadamente las cinco de la tarde. El señor Romero regresaba acongojado a su casa. Había cableografiado urgentemente a Nueva York solicitando a la mayor brevedad posible una mercancía que escaseaba en la plaza. Pero de allá le respondieron que era imposible: no podían embarcarla sino en un tiempo mínimo de tres meses. Es decir, para el tiempo en que esperaban recibir la misma mercancía los otros importadores de Panamá. Sí, iba a su casa a leer,